



# DE ESTRATEGIA SOCIALISTA

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para La Nación)

SALAMANCA, octubre de 1919

La guerra civil, verdadera guerra civil-social que a nuestra vista se desenlucve, tiene tanto o más interés dramático que la gran guerra internacional que estalló en agosto de 1914. Y para el espectador curioso, aunque interesado, que siga sus peripecias, conviene que sepa situarse para sacar de ella enseñanzas y además satisfacción de la mente. Porque hace años, muchos años, que se viene hablando del socialismo marxista y hoy es el día en que los más interesados en luchar contra él no parecen que se hayan dado cuenta del alcance y sentido de sus doctrinas. Tanto repetir que era una utopía—y sin conocerla—no se han cuidado de estudiar la utopía y ahora que de veras se intenta llevarla a la práctica se encuentran sus adversarios, y a la vez sus partidarios, con que no la conocen.

Veamos lo que pasó en la gran guerra internacional.

El Imperio alemán fué derrotado virtualmente en la primera batalla del Marne, en la batalla de Francia. Después de lo del Marne el Imperio germánico sabía que no podría ya alcanzar sus primitivos fines de guerra, aquellos en vista de los cuales arrastró al sumiso e inconsciente pueblo alemán a la guerra y al desastre. Pero tenía que resistir: tenía que sacar el mayor partido posible de su superioridad inicial, tenía que buscar, si no la victoria redonda y entera con que contaba, por lo menos las mayores ventajas que pudiese. Y esto le creó una situación trágica. Cuando buscó hacer tablas, encontróse, con gran sorpresa, con que sus enemigos no lo querían. Basta leer las «Memorias de Ludendorff», el jugador. Francia—su parte directora por lo menos—no se contentaba ya con una paz blanca, sin vencedores ni vencidos «¡Hay que acabar de una vez y para siempre!» dijo Francia.

Y esto le creó al imperio alemán una situación sin salida. Cuando a su capa y bajo cuerda buscaba al que le pidiera una paz de compromiso, pedíanle a su vez y para ello que declarase sus fines de guerra. Y no podía declararlos, porque hechos imposibles después de lo del Marne los primitivos, sus fines eran eventuales, dependiendo de la situación militar del momento. Si declaraba como sus fines los únicos que podían satisfacer al pueblo que había sido arrastrado a la guerra, entonces los enemigos no cederían prefiriendo continuar la lucha, fuese como fuese; y, si proponía los que hubiera satisfecho a sus enemigos el propio pueblo alemán, al que se le había prometido la victoria, reconociendo el engaño—engaño de todos—habríase revuelto contra sus directores. Y así, por no poder declarar sus fines de guerra, le vino al imperio alemán su derrota.

Y así se habría... si el pueblo todo alemán hubiera ido a la guerra

con plena y clara conciencia de lo que en ella buscaba, aunque hubiese sido la hegemonía mundial y el sojuzgar a su dominio a los demás pueblos y a la vez los sacrificios que ese fin de guerra exigía y los peligros a que al perseguirlo se exponía.

En una situación parecida al del imperialismo alemán parece que se encuentra el socialismo revolucionario, o el sindicalismo, cuando no se da cuenta de sus fines de guerra civil-social, si no lo declara paladinamente o si las masas obreras que nutren sus fines, no los aceptan. Porque al proponerse alcanzar el mayor número de ventajas económicas posibles en cada momento, le solución rosibilista de oportunista, renuncian

do a alterar de raíz el régimen de la propiedad no puede ser ya hoy, y tal como se han puesto las cosas, un fin de guerra del socialismo sin exponerse éste a una derrota. Y así lo ha comprendido el sindicalismo barcelonés y así lo ha declarado por boca de sus voceros—voceros, que no jefes—Pestaña y Seguí.

Si en un momento dado el socialismo declara sus fines de guerra, su programa máximo—y esto es lo que originariamente quiso decir bolshéivismo, sea hoy éste lo que fuere—la burguesía no se rendirá, no puede rendirse, y preferirá seguir luchando, y si aquél, por otra parte, busca una paz, o siquiera tregua, de compromiso con ella, las masas obreras se llamarán a engaño como no puede ser menos. Y los que hablan de soluciones de concordia no parece que tienen sentido histórico.

En esta situación lo más claro, lo más eficaz y hasta lo más prudente es que de una parte y de otra se sepa bien a dónde se va, que el socialismo—que no ha tenido aún su derrota del Marne—conozca sus originales y primitivos fines de guerra y que la burguesía se entere bien de éstos. Porque lo trágico es que no se entera de ellos, y, aun peor, que no quiere enterarse. Un terror pánico se lo impide. Y así ni sabe resistirlos con eficacia.

Lo trágico de nuestro capitalismo es que cuanto más cansa contra el socialismo revolucionario o contra el sindicalismo, menos lo conoce y cree que con ignorarlo él lo han de ignorar los obreros. «¿Pero qué es lo que se proponen esos hombres?» clama el capitalista. Y cuando aquellos hombres van a declararle sus propósitos se tapa los oídos poniéndose a gritar: «¡disparate! ¡utopía! ¡absurdo!» Y grita así para no oírlo. Si es que no saca el Cristo del patriotismo. Todo menos enterarse de lo que le piden, como cumple a un hombre sereno y previsor, aunque sea la vida lo que le pidan. Hay centenares de libros en que se expone el socialismo integral y el sindicalismo y no quieren leerlos sin aspavientos. Burgués capitalista conocemos que ha leído una porción de esas llamadas refutaciones del socialismo, pero ninguna de las obras refutadas. «¡No, no quiero que me convenzan!» nos ha dicho; y aun éste menos mal pues sabemos



# De estrategia socialista



de algún católico que perdió la fe de su infancia no más que leyendo refutaciones católicas de las obras de herejes y Nacionalistas.

Recientemente y con motivo de la ley implantando aquí, en España, la jornada legal de ocho horas de trabajo, hemos leído en escritos de burguesía o para ella las consideraciones más peregrinas, demostrativas de la ignorancia del porqué viene el socialismo pidiendo esa jornada. Sálese en esos escritos muy candidamente diciendo que si hay oficios, como el de minero de galería soterraña, en que ocho horas diarias de trabajo es harto de él, hay otros, en cambio, en que se puede muy bien resistir sin fatiga ese tiempo de labor. Y parecen ignorar que lo de las ocho horas no es tanto porque más que ellas pariza excesivo trabajo cuanto el que eso obligue a emplear más gente y disminuya así el que Carlos Marx llamaba ejército de reserva, del que se saca los esquiroleros o amarillos—aquí los llaman también «sarracenos»— y que impide el alza de los jornales. Lo cual es el abecedario del socialismo.

Hay fábrica en Inglaterra donde no se intermite el trabajo, trabajando en ella noche y día tres equipos de obreros, supongamos que de 1.000 cada uno, a ocho cada equipo, lo que hace 3.000 obreros. Si aún así siguieran los desocupados, los esquiroleros ofreciéndose por menos precio, y es-

tos fueran 1.000, pedirían aquéllos la jornada de seis horas, o que exigiría, para el mismo trabajo, los 4.000 obreros en cuatro equipos. Cosa más clara no cabe, hasta para aquel a quien ello no le convenga. Y no es que estimen agotador el trabajo de ocho horas. «¿Y la productividad?» Se dirá.

Las compañías de ferrocarriles han publicado aquí, en España, una nota oficiosa, de una candidez paradisiaca, en la que dicen que la jornada de ocho horas los obligaría a buscar 9.000 empleados más, lo que sería su ruina. Y parecen no querer darse cuenta de que es precisamente lo que llama su ruina lo que el socialismo busca; el que tengan que abandonar sus empresas, y de tal modo que el Estado se incaute de las líneas sin tener que indemnizarles por ello. Esto es lo claro. ¿Que resistirán a ello? ¡Claro está! Pero que resistan sabiendo a lo que resisten. Y que nadie se engañe creyendo en palabranza, sin vencedores ni vencidos, ni en soluciones de eso que se llama concordia.

Y si alguien dijere que aun en el caso de que el estado se incaute de las líneas férreas—y quien dice esto de estas empresas puede aplicar el raciocinio a otras—no quitaría eso el que la jornada corta de trabajo y el alza del salario encarecería los transportes y con ello el precio de las mercaderías transportadas, cabe contestar que siendo del estado las empresas de transportes no podía impor-

tarle a éste el no ganar, y hasta el perder con ellas, ya que los más de los servicios públicos cuestan más que rinden, o que aun en el caso de elevar el precio de los transportes y con él el de las mercaderías transportadas, eso substituiría a un impuesto. Si los servicios todos públicos fuesen del estado, lo que hubiera que pagar por recibirlos sería el impuesto.

Todo esto nos parece de una claridad meridiana y de una vulgaridad alarmante y no lo habríamos escrito aquí, al tratar de cómo se presenta a un espectador curioso y sereno la guerra civil-social aquí entabada, si no fuese porque observamos, con verdadero terror y pena, que la burguesía capitalista, por lo menos la española, se empeña en no enterarse de los fines de guerra de sus enemigos y de las doctrinas que, sin apenas conocerlas, califica de absurdas.

¿Que con todo esto la productividad está menguando y encareciendo para todos la vida? Es muy posible. ¿Que una ola de pereza está recorriendo el mundo después de la gran guerra? Es muy posible. Y una ola de pereza mental también. Pero a nada de esto se hace frente con renovar procedimientos inquisitoriales, con proscribir como vitandas ciertas doctrinas—por radicales que sean—, con gritar, de modo que el sacerdocio antaño: «¡anatemal! ¡anatemal!», con vociferar que el socialismo internacionalista es antipatriótico y con perseguir ideas. Una ola de pereza recorre las masas trabajadoras. Bueno, sí, pero una ola de locura, de locura, de terror pánico recorre a las clases que viven de explotar el trabajo ajeno.

La esencia de la historia es la guerra y así como el pacifismo es el mayor culpable de la gravedad de la última gran guerra internacional, el mayor culpable de los caracteres de ferocidad que pueda tomar la guerra civil-social de clases ya entabada, será ese pacifismo socialista que cree en compromisos y concordias que se basen sobre no hablar claro unos a otros.

Hablamos como espectadores imparciales, y con perfecta objetividad. No tenemos un sentimiento idélico de la historia y del progreso.

